



Rachel P. Maines

La tecnología del orgasmo

La histeria, los vibradores y la satisfacción
sexual de las mujeres

A Rachel P. Maines siempre le gustó hacer «lo que no estaba haciendo nadie más». Por esta razón se puso a investigar la historia de la costura. En las revistas femeninas que trataban de punto, ganchillo, encaje, bordado... de principios del siglo XX había muchos anuncios de un pequeño electrodoméstico, el vibrador, que se anunciaba como relajante muscular. Al final, comenzó una nueva investigación, desde Hipócrates y Galeno hasta nuestros días, con resultados fascinantes: la enfermedad que durante 25 siglos se conoció como histeria era básicamente la expresión de la sexualidad femenina insatisfecha, y el tratamiento médico aplicado era sencillamente proporcionar esta satisfacción. La visión androcéntrica de la sexualidad, que no comprende esta sin penetración, hizo que todo este boyante negocio médico pasara completamente inadvertido.

«Los grupos de mujeres solas se ríen y preguntan. Los hombres se dividen entre la risa y las caras de póker. A unos mi investigación les confirma que las mujeres son tan sexuales como siempre han deseado. A otros, que las mujeres son tan sexuales como siempre han temido».

Llevado al cine en 2007 como *Passion and Power: The Technology of Orgasm*, este libro pone patas arriba las convicciones sobre la sexualidad femenina de dos mil quinientos años, explicando cómo el vibrador «puso en las manos de las mujeres el trabajo que nadie más quería hacer».

PRÓLOGO

Cuando era adolescente, un amigo de la familia decía que yo era la clase de chica que al volver de la escuela pediría permiso para hacer cualquier cosa arriesgada diciendo: ¡por favor, mamá! ¡Tienes que dejarme! ¡Nadie más lo está haciendo! Desde entonces decidí que esa es la definición de mi carácter que deseo por epitafio. Quizás el ejemplo más destacado de un tema que no hace nadie más sea la investigación que cuenta este libro.

La primera vez que encontré anuncios de vibradores en revistas femeninas de finales del siglo XIX, en 1977, supuse que era una malpensada al leer la prosa ampulosa. Al fin y al cabo tenía 27 años, había salido de un matrimonio y aún no me había metido en el siguiente, era una feminista muy exaltada y dada a interpretar todo lo que veía u oía como una manifestación de la guerra de los sexos. Pocos años antes, en medio de los últimos coletazos de mi primer matrimonio, había recibido el cuestionario original de Shere Hite acerca de la sexualidad de las mujeres: la idea de responderlo era demasiado deprimente para considerarla. El mismo año que vi los anuncios de los vibradores, leí *El informe Hite*, que arrojó una luz nueva no solo sobre mis propias experiencias, sino también sobre las de mis amigas.

Cuando presento artículos en algún congreso, me preguntan con frecuencia cómo me las arreglé para encontrar un tema tan esotérico. Mi respuesta habitual es que no lo encontré, fue él quien me encontró a mí. Los anuncios que encontré cayeron en una mente predispuesta, o al menos, en unas hormonas predispuestas.

Desde que me gradué (en clásicas, con especialidad en la ciencia y tecnología antiguas), me he interesado por las artes textiles, y me pasé dos años preguntándome ingenuamente por qué era tan difícil encontrar historias de este tema serias, bien investigadas. En 1973 caí en la cuenta de que era porque eran las mujeres quienes lo practicaban. Esa fue mi experiencia «click» de la que hablan muchas feministas de los primeros setenta. De repente me puse a trabajar como loca, decidida a escribir una historia seria de la costura, así se hundieran los cielos o cayera el diluvio. Al fin y al cabo, nadie más lo estaba haciendo.

La costura resultó un tema de investigación excitante y revelador. Tenía una literatura primaria riquísima, además de un patrimonio en artilugios que no podría examinarse en una vida, pero entonces había muy pocas fuentes secundarias y prácticamente ningún acceso a la bibliografía. Mis primeros intereses habían sido el ganchillo, el encaje, el punto y el bordado de finales del XIX y principios del XX, y como no estaban bien representados en los catálogos de los museos grandes, no tuve más remedio que lanzarme de cabeza al enorme y no indexado mar de las publicaciones populares, por el simple aunque laborioso método de sentarme con las pilas de ellas que hubiera conseguido e ir pasando página por página. En 1976 me invitaron a presentar un artículo sobre la historia de la costura en un congreso sobre historia de las mujeres organizado por Louise Tilly en la University of Michigan, que más tarde se publicó como «American Needlework in Transition, 1880-1930». Mientras iba pasando obstinadamente las páginas de *Modern Priscilla* y *Womans Home Companion* buscando tendencias en los patrones de costura, mi atención se desviaba con frecuencia a los anuncios de los márgenes. Solo un historiador muy voluntarioso puede resistir el atractivo de tales anuncios en los periódicos antiguos; yo soy incapaz de tal auto-disciplina. Además tenía una excusa: también estaba buscando pruebas de que era el apoyo de los anuncios de hila-

turas lo que permitía la publicación de tantas revistas de costura en EE. UU entre 1880 y 1930.

Cuando vi anuncios de vibradores de 1906, artefactos que se parecían mucho a los que se venden hoy día como útiles de masturbación femenina, mi primer pensamiento, como he dicho, fue que no era posible que esa fuera la utilidad de los aparatos vendidos en las páginas de *Companion*. El segundo pensamiento fue que 1906 era muy pronto para cualquier clase de aparato eléctrico doméstico. Prometiéndome que nunca iba a volver sobre el tema, tomé algunas notas sobre los títulos, temas, fechas y páginas de las publicaciones de costura con anuncios de vibradores. Les enseñé unos pocos anuncios a mis amigas feministas, que quedaron encantadas, por supuesto.

Mientras tanto, mi viaje a Michigan para entregar mi primer artículo académico había tenido un fruto inesperado: Daryl Hafter, una historiadora textil de la Eastern Michigan University, se presentó y me animó a unirme a la Society for the History of Technology (SHOT) y a su subgrupo Women in Technological History (WITH). Una reunión de la SHOT me convenció de que debía cursar estudios universitarios de historia de la tecnología. Mientras los hacía, entre 1979 y 1983, seguía tomando notas sobre «avistamientos» de referencias a vibradores al tiempo que preparaba mi tesis sobre historia textil. Veía con claridad que hacer públicas mis sospechas sobre el vibrador torpedearía mi carrera, nadie me tomaría en serio nunca más como académica si continuaba esta línea de investigación. Por otro lado, nadie lo estaba haciendo.

Tras graduarme en la Carnegie-Mellon University pasé tres años como profesora en prácticas en la Clarkson University, en el norte de Nueva York. Tenía poco trabajo como enseñante y mucho tiempo para investigar. Mientras pasaba por la batidora artículos de historia textil, empecé a archivar cosas sobre vibradores y a buscar ejemplares en los museos. Los conservadores del Smithsonian Institution Ber-

nard Finn (electricidad), Deborah Jean Warner (instrumentos científicos) y Audrey Davis (medicina) me informaron de que el mayor museo de EE. UU no tenía vibradores. Lo cual era un poco raro, dado que en 1920 había por lo menos diez fabricantes de esos aparatos. Escribí cartas a varios directores de museos y colecciones especiales, incluso una al Kinsey Institute que respondió con cortesía, prontitud y una bibliografía muy útil, y una a una institución de la que no había oído hablar en mi vida, la Bakken Library and Museum of Electricity in Life, en Minneapolis (Minnesota).

Al escribir a la Bakken Library expliqué con detalle lo que estaba investigando, describiendo la clase de aparatos y documentos que buscaba y por qué. Abandonando toda cautela, en el último párrafo comenté que era la primera investigación que hacía que tenía un interés tanto académico como lascivo. Dos semanas más tarde recibí una carta del director que empezaba: «Su carta ha levantado nuestro interés lascivo...». Así empezó una relación investigadora muy fructífera. La Bakken, fundada por Earl Bakken de Medtronic, es una colección de instrumental médico histórico que emplea electricidad, bien provista y conservada escrupulosamente, con una biblioteca y archivo sobre el mismo tema imponentes. En la colección de aparatos, la Bakken tenía once vibradores etiquetados en el catálogo como «aparatos de relajación músculo-esquelética». Uno de ellos aparece en la figura 6 de este libro. La biblioteca tenía una cantidad apabullante de ilustraciones, textos, anuncios y literatura médica sobre mi tema. Me hice socia durante una semana y pasé cinco días regodeándome en el lujo intelectual. Al acabar la semana hice mi primera presentación sobre vibradores a la dirección y miembros de la Bakken, que me pidieron un artículo breve para la revista del museo: mi primera publicación sobre el tema.

En este viaje de investigación me di cuenta por primera vez de que el tema de los vibradores polariza al público. El siguiente episodio ilustra el simpático buen humor de la

plantilla de la Bakken. El conservador y yo estábamos explorando la colección de vibradores, fotografiándolos, pesándolos y examinándolos. El conservador, Al Kuhfeld, un erudito concienzudo con un irónico sentido del humor, aprovechaba la oportunidad de tener la visita de un estudioso (yo) para ampliar y actualizar la información de sus fichas de catálogo. Como tenía formación museística, se me permitía escribir en las fichas (a lápiz, por supuesto) información nueva, como el peso, medidas, número de vibrátodos accesorios, etc. Llegamos al artefacto de la figura 6, un vibrador médico de principios del siglo XX con media docena de vibrátodos y le pregunté al conservador si estaba en condiciones de funcionar. Mirando en la caja, Al eligió sin equivocarse el accesorio más adecuado, conectó el cable al enchufe de la pared y apretó el interruptor. No pasó nada. Desenchufó el aparato, sacó del bolsillo un destornillador pequeño, hizo varios ajustes misteriosos y volvió a enchufar el aparato, que ahora zumbó vigorosamente al darle al interruptor. Tras un momento de debate silencioso conmigo misma sobre cómo hacer el experimento, puse la palma de la mano sobre el vibrátodo y lo comparé mentalmente con los aparatos modernos. Le di las gracias a Al, que empezó a guardarlo, escribí *funciona* en el apartado de observaciones de la ficha de catálogo. El conservador miró por encima de mi hombro y asintió sin comentarios. Una media hora más tarde el director del museo vino y preguntó que tal nos iba. Le dije que acabábamos de enchufar uno de los vibradores para probarlo. «¿Y sirve?» preguntó. «No sabemos si sirve —contestó Al con toda seriedad—. Lo único que sabemos es que funciona».

En mi presentación en Bakken vi por primera vez el contraste entre quienes escuchan encantados los resultados de mi investigación, riendo con los inevitables aspectos humorísticos, y quienes muestran con una mirada vacía su incomodidad con el tema.

Desde entonces he tenido muchas oportunidades de observar esos efectos con audiencias amplias o restringidas. Los grupos de mujeres solas se ríen y preguntan. En grupos mixtos las mujeres parecen incómodas y preguntan poco, aunque se ríen lo mismo; son conscientes de que es una notable falta de cortesía mencionar delante de los hombres la relativa ineficiencia de la penetración para producir orgasmos femeninos. Los hombres se dividen entre la risa y las caras de póker: entiendo que los primeros son aquéllos a quienes mi investigación confirma que las mujeres son tan sexuales como siempre han deseado, y a los otros les confirma que las mujeres son tan sexuales como siempre han temido.

Tras mi regreso de la Bakken, el programa de Liberal Studies de Clarkson quería dar publicidad a que uno de sus miembros hubiera recibido una beca, entonces un fenómeno infrecuente, pero les preocupaba la reacción del resto del profesorado, básicamente científicos e ingenieros, frente a mi tema. Lo resolvieron publicando una nota en la revista de la facultad diciendo que había «recibido una ayuda... de la Bakken Library of Electricity in Life en Minneapolis. Empleará los fondos en estudiar el impacto en el hogar de los pequeños electrodomésticos».

Poco después de acabar mi breve artículo para la revista de Bakken, empecé a recibir invitaciones para hablar sobre los vibradores a públicos universitarios. Entonces descubrí algo de lo que me debería haber dado cuenta desde el principio: algunas personas, la mayoría hombres, se tomaban personalmente mis hallazgos y les molestaban, entendiéndolos como una crítica implícita. Una de mis primeras charlas se celebró en el imponente edificio, de piedra cubierta de hiedra, de una antigua institución. Unas ocho personas seguían el seminario en el que hablé, los profesores a un lado de la mesa, las profesoras y los alumnos postgraduados al otro. Tras mi exposición, un profesor senior (con la chaqueta *tweed* de espinguilla obligatorio) dijo que mi

exposición no le convencía mucho, porque la experiencia sexual de las mujeres usando vibradores y sus precedentes «no era lo de verdad». Mientras buscaba el modo de contestar esta radical incompreensión, una de las estudiantes graduadas me echó un capote: «¿No se da cuenta, doctor Tal y Cual? La mayoría de las veces es mejor que lo de verdad». Sus compañeras asintieron solemnemente y el doctor Tal y Cual se calló. Claramente, no era esto lo que quería oír. Desde entonces me he encontrado con la misma objeción expresada de muchas maneras, la más directa de ellas que recuerdo era: «Pero si lo que usted dice es cierto ¡entonces las mujeres no necesitan a los hombres!». La única respuesta posible es que si lo único que consideramos es el orgasmo, los hombres tampoco necesitan a las mujeres.

También di una charla en una facultad de medicina en Canadá, un encargo que me asustaba especialmente por tener que contar mi espeluznante historia a los médicos. Para mi sorpresa, reaccionaron con la misma polarización que había observado en todas partes, con una diferencia relativamente pequeña: antes de la presentación un doctor sencillamente se negó a creer que iba a hablar de vibradores. A mi conferencia le habían dado algún título inocuo como «Terapias físicas desde Areteo hasta Freud», pero uno de sus estudiantes le dijo de qué iba realmente la cosa.

Cuando me encontró en el *hall* me dijo «¡No te vas a creer lo que me están diciendo del tema de tu charla!». Cuando le dije que los rumores eran probablemente ciertos, por muy maliciosos que parecieran, negó tajantemente que pudieran serlo: «¡Pero es que dicen que vas a hablar de vibradores!». Cuando le confirmé que así era, pareció aterrorizado, pero vino a la conferencia. Tras ella se quejó de que hoy a ningún médico se le perdonarían actuaciones como los que había descrito, en lo cual por supuesto llevaba razón. Uno de sus colegas se burló de su objeción: «Anda, déjalo. Lo que a ti te pasa es que lamentas habértelo perdido». El público se desternillaba, claro. Un historiador

me comentó más tarde las miradas fijas de quienes no habían hecho preguntas. «Hay mucha presión de los colegas para no parecer tenso en situaciones así —me dijo—. De modo que sonrío y pienso en la reina».

En junio de 1986, justo después de la publicación de mi primer artículo en la revista de Bakken, perdí mi trabajo en la Clarkson University. Enseñaba en la School of Management, y antes de eso en el programa Liberal Studies. Una tarde recogí mi correo y encontré una lista fotocopiada del nuevo reparto de tareas. Mi nombre no aparecía. Preguntando al decano descubrí que ya no tenía un trabajo en Clarkson. Parece que esto se debió a varias razones, una de ellas que mis intereses intelectuales no encajaban en la School of Management, pero había dos quejas más: en primer lugar se temía que los exalumnos dejaran de donar dinero a la escuela si se descubría que uno de sus profesores investigaba los vibradores, y en segundo que mi altísimo nivel de energía «no era compatible con el resto del profesorado». Como solo era una contratada, no tuve más remedio que recoger mis libros y marchar.

Ya había trabajado como catalogadora para un museo próximo a la universidad, así que cuando dejé Clarkson amplí mi base de clientes y monté mi propio negocio como proveedora de servicios de inventario, catalogación e investigación para museos y archivos. Seguía dando conferencias y artículos sobre los vibradores, incluso una en la Cornell University, cercana a mi nuevo hogar en Ithaca, Nueva York, y otra en el encuentro anual de la Society for the History of Technology, en octubre de 1986. En esta última el público parecía luchar desesperadamente para mantenerse serios, probablemente por una concepción equivocada de mi dignidad académica, hasta que llamé al vibrador «innovación sustituidora de capital-trabajo», lo cual hizo que la conservadora de instrumentos científicos de la Smithsonian, Deborah Jean Warner, soltara el trapo, tras lo cual otros entendieron que no pasaba nada si se reían. Una

de las preguntas de esta charla la hizo un conocido especialista en Darwin, que señaló que los médicos que no pudieron reconocer los orgasmos de sus pacientes no debían haber visto nunca uno de sus esposas.

Pero la más divertida de mis aventuras con la historiografía de los vibradores fue la jarana que se montó con mi artículo de 1989 en *Technology and Society*, una publicación del Institute of Electrical and Electronics Engineers (IEEE): «Tecnologías camufladas socialmente: el caso del vibrador electromecánico». A principios de 1988 había recibido la petición de artículos para un número especial de la revista, con edición de Robert Welch y con el eminente historiador eléctrico James Brittain como editor invitado. Ensamblé una breve introducción sobre el aspecto de camuflaje social de mi investigación y lo envié; el artículo pasó el habitual procedimiento de selección y fue aceptado con revisiones. La única señal de problemas fue una carta de Brittain que acababa diciendo que mi artículo era una especie de prueba de la política editora del IEEE, porque no habían publicado un artículo así desde que empezaron en 1884.

El artículo se publicó en julio, cuando muchos ingenieros y profesores de vacaciones. En setiembre me llamó Bob Welch. El Technical Advisory Board (TAB, Consejo Asesor Técnico) del IEEE estaba amenazando con retirar el permiso para publicar *Technology and Society* basándose en que no era posible que hubiera nadie llamado Rachel Maines que hubiera escrito ese artículo, tenía que ser una broma muy elaborada de los coeditores. Según el TAB, no era posible que el artículo hubiera sido revisado, y todas las referencias tenían que ser falsas. El artículo tenía nueve páginas y 51 notas que se referían a más de 160 fuentes, algunas de ellas en latín y griego. Como decía un miembro del TAB: «Parece una parodia de un artículo del IEEE. Contiene docenas y docenas de referencias obsoletas». Welch y Brittain se estaban preparando para una investigación en el

encuentro del TAB de noviembre de 1989, en el que deberían aportar pruebas de mi existencia (!), de que Maines and Associates era un negocio respetable y de que el artículo había pasado el proceso normal de revisión. Mientras tanto, otros estaban verificando la existencia de mis referencias.

Poco después del encuentro de noviembre recibí otra llamada, esta vez de un periodista del IEEE *Spectrum*, una revista que se reparte a todos los 350 000 miembros del IEEE. El número de octubre había dedicado media página al rifirrafe del TAB, e incluía una cita de un miembro que pensaba que yo tenía que haber usado los aparatos de detección de radares de tráfico como ejemplo de tecnología camuflada socialmente. Le parecía que mi artículo se había escrito «más para brillar que para iluminar», aparentemente negando la posibilidad de que ambas cosas pudieran darse a la vez. En el encuentro dominaron las cabezas menos enfebrecidas: se mostraron los informes de los revisores, se sacó una carta de mis colegas de la Society for the History of Technology, y a la facción antivibradores se le hizo ver que podían poner en ridículo al IEEE. En números posteriores de *Spectrum* aparecieron cartas diciendo que ya era hora de que IEEE abordara valientemente asuntos nuevos. Me dijeron que las suscripciones a *Technology and Society* subieron como consecuencia de la controversia, ilustrando una vez más que los esfuerzos por censurar aportan una publicidad valiosa a lo que intentan suprimir.

CAPÍTULO 01

EL TRABAJO QUE NO QUERÍA NADIE

En 1653 Pieter van Foreest, llamado Alemanarius Petrus Forestus, publicó un compendio médico titulado *Oservationem et Curationem Medicinalium ac Chirurgicarum Opera Omnia*, que dedicaba un capítulo a las enfermedades de las mujeres. Para la dolencia normalmente llamada histeria (que significa literalmente «enfermedad del útero») y conocida en esa obra como *praefocatio matricis*, ahogo de la matriz, el médico prescribía lo siguiente:

Cuando aparecen estos síntomas, nos parece necesario pedir la ayuda de una matrona, para que ella pueda masajear los genitales con un dedo dentro, empleando aceite de azucenas, raíz de almizcle, azafrán o [algo] parecido. De este modo puede excitarse a la mujer afligida hasta el paroxismo. Galeno y Avicena, entre otros, recomiendan esta clase de estimulación con el dedo, especialmente para las viudas, para las que llevan una vida de castidad y para las mujeres religiosas, como propone Gradus [Ferrari da Gradi]; se recomienda con menos frecuencia para mujeres muy jóvenes, públicas o casadas, para quienes es mejor remedio la cópula con sus parejas.

Como sugiere Forestus, en la tradición médica occidental el tratamiento estándar para la histeria, una dolencia considerada crónica en las mujeres, era el masaje genital hasta el orgasmo por un médico o matrona. Descripciones de este tratamiento aparecen en el corpus hipocrático, en las obras de Celso en el primer siglo de nuestra era, en las de Areteo, Sorano y Galeno en el siglo segundo, la de Aecio y Moschion en el siglo VI, en la obra anónima del si-

glo VIII o IX *Líber de Muliebria*, en los escritos de Rhazes (Al-Razi, Rasis) y Avicena del siglo siguiente, de Ferrari da Gradi en el siglo XV, de Paracelso y Paré en el XVI, de Burton, Claudini, Harvey, Highmore, Rodrigues de Castro, Zaccuto y Horst en el XVII, de Mandeville, Boerhaave y Cullen en el XVIII, y en la obra de numerosos autores del XIX incluyendo Pinel, Gall, Tripier y Briquet. Dada la ubicuidad de estas descripciones en la literatura médica, es sorprendente que los historiadores hayan dedicado tan poca atención al carácter y propósito de estos masajes, tratamientos de la histeria y enfermedades relacionadas.

Los autores mencionados, y otros de la historia de la medicina occidental, describen un tratamiento médico para una dolencia que ya no se considera una enfermedad, pero que era así considerada bajo el nombre de histeria desde al menos el siglo IV antes de Cristo hasta que la American Psychiatric Association eliminó el término en 1952. Esta supuesta enfermedad y las dolencias relacionadas mostraban una sintomatología coherente con el funcionamiento normal de la sexualidad femenina, que encontraba alivio, cosa nada sorprendente, mediante el orgasmo, fuera por coito en la cama matrimonial o por masaje en la mesa del médico. Colocaré este paradigma de enfermedad en el contexto de las definiciones androcéntricas de la sexualidad, que explican tanto que estos tratamientos fueran social y éticamente permisibles para los doctores y sus pacientes como que las mujeres los requirieran. Las visiones androcéntricas de la sexualidad y sus implicaciones para las mujeres y para los médicos que las trataban, dieron forma no solo al concepto de patología sexual femenina, sino también a los mecanismos para remediarlos.

La tecnología nos dice mucho acerca de la construcción social de las tareas y roles para los que se la diseña. Aunque los instrumentos de masaje han tenido muchos usos médicos en la historia, aquí me ocupo nada más de su pa-

pel en el tratamiento de algunas clases de «dolencias de mujeres». Los vibradores y sus predecesores en la historia de las tecnologías del masaje médico son los medios por los que examinaré tres temas: las definiciones androcéntricas de la sexualidad y la construcción de una sexualidad femenina ideal que se ajuste a ellas; la reducción de la conducta sexual femenina fuera del estándar androcéntrico a enfermedad que requiere tratamiento; y los medios por los que los médicos legitimaron y justificaron la producción clínica de orgasmos en mujeres, como tratamiento de estas enfermedades. Al evaluar estas tecnologías, la perspectiva de género es significativa: por ejemplo, la reacción típica de los hombres a la figura 1 es una mueca de dolor, mientras que las mujeres ríen. Claramente, donde las tecnologías afectan al cuerpo, especialmente a los órganos sexuales, el sexo importa.

Fig. 1. Ducha pélvica francesa, de hacia 1860, de Fleury, reproducida de Mechanization Takes Command, de Siegfried Giedion (Nueva York, Oxford University Press, 1948).

El vibrador, que apareció como instrumento médico electromecánico a finales del siglo XIX, era la evolución de tecnologías de masaje anteriores, que respondía a la demanda de los médicos de terapias físicas más rápidas y eficientes, en particular para la histeria. El masaje hasta el orgasmo de pacientes femeninas era un ingrediente fundamental de la práctica médica entre algunos (ciertamente no todos) médicos occidentales desde el tiempo de Hipócrates hasta el decenio de 1920, y al mecanizar esta tarea aumentaba notablemente el número de pacientes que un médico podía tratar al día. Los doctores eran una élite masculina con control sobre su vida laboral y sobre su instrumentación, y las mejoras en la producción médica de orgasmos pagados podían aumentar los ingresos. Los médicos tenían tanto los medios como los motivos para mecanizar.